

N.º 30

25cts

MÁS PAGA Y MENOS TRABAJO

por CHARLES ROGERS



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCIÓN

MORE PAY-LESS WORK 1926

Más paga y menos trabajo

Versión novelesca de la película de igual
título, interpretada por los famosos artistas

MARY BRIAN
y CHARLES ROGERS



Exclusiva : HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle de Valencia, núm. 280 : BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARIS, 204 : BARCELONA

MÁS PAGA Y MENOS TRABAJO

Un libro necesario de la biblioteca de todos los interesados por los famosos artículos

MARY BRIAN
Y CHARLES ROGERS

Traducción de MRS. ANTONIO TORRES
Calle de Valencia núm. 200. Barcelona

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 9-104: BARCELONA:

MÁS PAGA Y MENOS TRABAJO

PERSONAJES

Betty Ricks.	Mary Brian
Will Hinchfield.	Charles Rogers
Tomás Hinchfield.	E. J. Ratcliffe
Capitán Ricks.	Albert Gran
Enrique Pasilla.	Otto Hoffman
Dudley.	Heinie Conklin

I

En San Francisco de California hay dos instituciones históricas : la bahía de « La Puerta de Oro » y el capitán Ricks, propietario de la Compañía de navegación « Estrella Azul ».

Excelente sujeto, alto, gordo, enérgico y que se incomoda fácilmente, está a punto de asociarse con otro señor de bruscos ademanes y cóleras terribles, que tiene toda la traza de un puerco espín, que se llama Tomás

Hinchfield y que es propietario de una Compañía de navegación competidora titulada « Bandera Azul ».

Durante las negociaciones preliminares, que deben dar por resultado la constitución de la sociedad « Ricks & Hinchfield », ambos se han puesto como energúmenos, librando batallas en las que todo pelagra en el despacho privado de Hinchfield, desde los cristales hasta sus personas, siendo el único testigo como « tercero en discordia » — y conste que nunca hubo discordia más ensordecedora que aquel día... día de la lectura del acta de constitución de la sociedad — un abogado flemático y altivo para el que nada significaban tales pendencias.

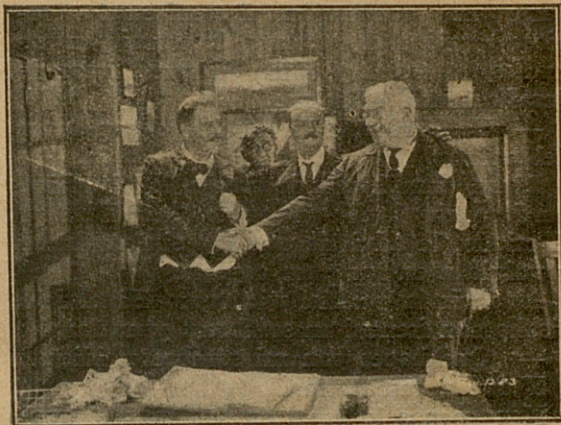
Después de la lectura del documento dijo Ricks al abogado, en el momento de firmar y sacando su pecho atlético :

— Hinchfield debía felicitarse de contar con un hombre joven y enérgico como yo, para dar impulso a la empresa ahora que él está envejeciendo.

El abogado no tuvo tiempo de contestar, porque Hinchfield se levantó del sillón de un salto y cogiendo a Ricks por las solapas, exclamó :

— Pero ¿a qué dices eso tú, si eres contemporáneo de Matusalén? ¿Es que quieres hacerme perder la paciencia?

El abogado intervino amistosamente, separándoles. Luego cogió de encima de la



Estaba a punto de asociarse con otro señor de bruscos ademanes y cóleras terribles

mesa el documento de constitución de sociedad y se lo puso de nuevo a la firma.

Ya iba Ricks a estampar la suya, cuando Hinchfield, de mal humor, hizo observar :

— ¿Por qué ha de ir su nombre antes que el mío? ¿Es acaso por los años que me lleva de ventaja?

Saltó entonces el corpulento capitán, enrojecida su amplia faz por la cólera :

— ¡Mi nombre debe ir antes que el tuyo! ¡No soy yo el que voy a asociarme contigo, sino tú el que te asocias conmigo!

Al oír esto Hinchfield estuvo a punto de

darle una congestión. Desenfrenado, rabioso, cogió el documento, lo estrujó en sus manos, lo rasgó, y como suprema frase de desafío lanzó a Ricks :

— ¡Yo haré que tu nombre desaparezca del océano!

Ricks, temblando de coraje, había salido del despacho dando un portazo, pero Dudley, el criado, le advirtió que iba sin sombrero y volvió a entrar para cogerlo.

Al abrir la puerta, vió como Hinchfield pisaba con frenesí un sombrero y exclamó :

— ¿Qué haces con mi sombrero, idiota? Y fué a rescatarlo...

Mas apenas lo tuvo en sus manos, apabullado y medio deshecho, vió por el nombre perforado en la badana que era el de Hinchfield y riendo de buena gana se dirigió al perchero, donde había quedado el suyo incólume.

La rabia se apoderó entonces de Hinchfield. ¡Aquello más! ¡Verdaderamente era insoportable tratar con aquel gordiflón, al que podía desbaratar en todos los terrenos!

Pero dejémosle furioso, llamando a gritos a su empleado Enrique Pasilla, hombre modesto y servicial que desde hace veinte años es su administrador y principal aguanta-golpes, para seguir por el pasillo al capitán Ricks.

Entró en su despacho, situado a pocos pasos del de Hinchfield — casi enfrente —

como una tromba, y mal hubiera ido a sus subordinados de no esperarle, sentada en su sillón de trabajo, su hija Betty, el único ser de este mundo que ejercía un verdadero ascendiente sobre él.

Durante la larga espera, Betty había arreglado la mesa de su padre; es decir, había tirado todas las cartas y papeles al cesto y había cortado por la mitad toda una caja de puros habanos, para que éstos, que eran muy largos, cupiesen en una cajita destinada a cigarrillos.

El capitán Ricks, que al ver a su hija se había serenado y hasta había sonreído, volvió a encolerizarse por tales desatinos, hasta que al fin Betty le convenció de que debía dar un paseo en auto con ella antes de «hacer explosión».

— ¡Ven y verás qué bien te sienta el aire fresco, papá!

Ricks se dejó llevar.

— Haz de mí lo que quieras, pero no vuelvas a «arreglar» mi mesa de trabajo en todos los días de tu vida.

II

Inmediatamente después de haber salido el capitán Ricks del despacho, Hinchfield ordenó a Pasilla :

— ¡Haga cambiar el membrete de nuestro papel de cartas! De hoy en adelante, debe decir « Hinchfield e Hijo ».

Y el encolerizado armador explicó :

— Mi hijo Will entrará desde mañana a formar parte de la Compañía... y entre los dos lograremos que Ricks reviente.

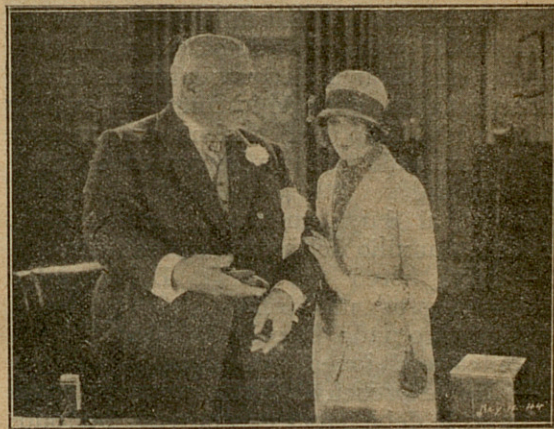
Luego llamó a Dudley, el ordenanza de la oficina, y le mandó cambiar el rótulo de la puerta de manera que dijese :

COMPañÍA DE NAVEGACIÓN «BANDERA AZUL»
HINCHFIELD E HIJO

Mientras tanto el capitán Ricks, presidente y director general de la Compañía de Navegación « Estrella Azul », era llevado carretera adelante, por su hija, a cien kilómetros por hora. Y el pobre gordiflón sudaba tinta, temeroso de volcar, de estrellarse contra un árbol o de precipitarse por el terraplén, pues la carretera ofrecía a ambos lados terribles desniveles de centenares de metros.

Pretendiendo tranquilizar su agitado espíritu, Betty le dijo ingenuamente :

— Ya es hora, papá, de acabar con la tirantez de relaciones que sostienes con Hinchfield. Para ello tengo pensado instalarme desde mañana en tu despacho. Así tendrás más tiempo para impulsar tu negocio y competir con él.



El capitán Ricks volvió a encolerizarse por tales desatinos

Al capitán esta declaración le hizo el mismo efecto que un pinchazo en cualquiera de sus rollizas nalgas.

— ¡No! — protestó. — ¡Dios me libre de tenerte en la oficina a todas horas! ¡No dejarías títere con cabeza!

— ¡Vamos, nada de protestas! — replicó Betty — ¡Mañana mismo empiezo!

Discutiendo de tal suerte, Betty acometió fuertemente por detrás a un auto que marchaba delante a poca velocidad y lo hizo ir a parar del encontronazo al fondo de un espantoso precipicio.

Afortunadamente el ocupante del auto,

que resultó ser Will Hinchfield — el hijo del competidor y enemigo de su padre — tuvo tiempo de saltar a tierra y salvarse de una muerte segura, pues de lo contrario hubiera salido despedido por encima del volante y hubiera dado con sus huesos en el fondo del abismo.

Betty, al darse cuenta de lo sucedido, acude en auxilio del joven, exclamando :

— ¡Ay, usted perdone!... Deben estar descompuestos mis frenos... ¡Ojalá no le haya pasado nada al coche de usted!

Contestó el joven con sorna :

— No se preocupe. Todo lo que le había de pasar le debe haber pasado ya... De todos modos pensaba deshacerme de él...

Con tan fausto motivo Will conoció, pues, a la niña y al papá. Este, emocionado, porque el desconocido no le exigía ni daños ni perjuicios, exclamó tendiéndole la mano :

— Me es usted muy simpático, joven... Si alguna vez necesita empleo, venga a verme.

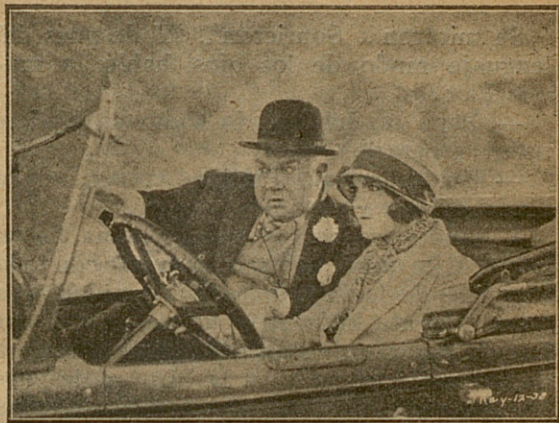
Betty intervino para preguntar :

— ¿Quiere usted que le llevemos a la ciudad?

— Con esos frenos, no — respondió el interpelado con maliciosa sonrisa.

III

Como todo llega en este mundo, por fin llegó la fecha memorable en que iba a deci-



Y el pobre gordiflón sudaba tinta, temeroso de volcar

dirse si seis años en una Universidad tienen algo que ver con el negocio de navegación.

En el despacho de Hinchfield todo era agitación y movimiento.

El naviero, que estaba agitadísimo, le dijo a su administrador Enrique Pasilla :

— Apenas llegue mi hijo, iniciaremos las hostilidades contra ese animal de Ricks. ¡Lo vamos a desmenuzar!

Will se presentó en el edificio donde radicaban ambas Compañías de navegación y por ver a Betty antes de empujar la puerta de « La Bandera Azul » entró en la « Estrella Azul » que estaba casi enfrente, y encontró a Betty detrás de una mesa llena de papeles.

Se miraron... Sonrieron... Y después del lenguaje mudo de los ojos, habló la muchacha :

— Papá no ha llegado todavía. ¿Quiere usted esperar?

— No, señorita... Prefiero volver... cada cinco minutos.

Y salió para entrar en la oficina de su padre. Este que le había hecho venir con toda urgencia de la inmediata Universidad — a unos cuarenta kilómetros de allí ; razón por la cual pudieron encontrarle en la carretera de excursión el padre y la hija — después de abrazarle efusivamente le mostró todas las secciones de la casa.

— ¿Qué te parecen las oficinas? — le preguntó al pasar por el despacho central.

— Eso depende de su finalidad — replicó Will. — En este momento parece un museo de antigüedades.

Y señaló, humorístico, a la dependencia, formada toda ella de mujeres viejas y feas y hombres que eran verdaderas estantiguas.

— Pues a mí — objetó su padre — me parecen muy bien. Y yo soy aquí el único exigente.

Luego pasaron al despacho privado paterno, y una vez allí, el autor de sus días dijo al servicial Pasilla :

— Mi hijo comenzará desde hoy a *aprender* el negocio y no a *dirigirlo*. Su sueldo será de cincuenta dólares...

Interrumpió Will :

— Cincuenta dólares a la semana tal vez me alcancen... añadidos a lo que te pida prestado, papá...

Su padre, malhumorado, le dió la réplica :

— ¡Cincuenta dólares *al mes* iba a decir!... Y lo que yo te preste ha de caberte en una uña.

— Lo siento mucho, papá — dijo a la sazón el muchacho — pero el capitán Ricks quiere que vaya a trabajar con él...

Dicho esto, Will, fríamente, tomó la puerta y desapareció.

Solo Hinchfield, ordenó colérico a Pasilla :

— ¡Mande borrar a mi hijo de esa puerta !
¡Destruya el papel de cartas y que impriman otros con el primitivo membrete!

Mientras Dudley quitaba el hijo de la puerta y Pasilla ordenaba al impresor el cambio de membrete en memorándums y cartas, Will era recibido afectuosamente por el capitán Ricks.

— ¿Qué se le ofrece? — le preguntó éste.

— He venido a tomar posesión del empleo que me ofreció usted... pues, para mí, será una ventaja estar cerca de mi padre, Tomás Hinchfield.

Ricks se levantó de su silla como impulsado por un resorte.

— ¡Hinchfield! — gritó. — Con uno había de sobra en este edificio... ¡Dos de la misma

familia, aquí, constituyen una ofensa contra la moralidad y las buenas costumbres!

Ante aquella rociada, Will escapó como pudo.

El capitán Ricks informó a su hija :

— Ese holgazán resulta ser hijo de Hinchfield... ¡Te prohibo que vuelvas a dirigirla la palabra!

Aun no habían transcurrido cinco minutos, cuando Will estaba ya de vuelta en las oficinas de Ricks y se entrevistaba con Betty.

— ¡Que no le vea a usted aquí, papá! ¡Me ha prohibido que le dirija la palabra!
— fué lo primero que le dijo la encantadora rubia.

Pero hablando, hablando, llegaron a entenderse y Betty logró ablandar de tal modo a su padre, que quedaron en firmar el contrato de trabajo después de comer.

Lo curioso del caso fué que mientras esto ocurría, en la oficina de enfrente (en la de Hinchfield) todo eran cambios y órdenes otra vez :

— ¡Pasilla! — gritaba con voz de trueno Hinchfield. — ¡Eres un fósil! ¿Cómo toleraste que mi hijo fuera a trabajar con Ricks?

Y también :

— ¡Dudley!... ¿Quién le dijo que borrara E HIJO de la puerta, imbécil?... ¡Póngalo de nuevo!

Y otra vez :



Y encontró a Betty detrás de una mesa l'ena de papeles

— ¡Pasilla!... Diga al impresor que ponga el membrete que diga : E HIJO.

Luego el enfurecido Hinchfield salió de su despacho dando un portazo y quiso la casualidad que estuviesen esperando al ascensor — que en este caso había de servir de descensor — el capitán Ricks, su hija y Will ; y estos últimos, aprovechando el momento en que ambos hombres parecía que iban a venir a las manos, se escabulleron, bajaron a pie las escaleras y fueron a comer juntos.

* * *

Después de comer, Betty volvió a su oficina y Will entró en la de su padre.

— El capitán Ricks me ha ofrecido cien dólares a la semana — dijo al autor de sus días.

— ¡Ricks siempre fué un tacaño! — replicó éste. — ¡Yo te ofrezco el doble!... Di a ese pelicano que te has asociado con tu padre.

Y allá fué Will a contárselo primero a Betty.

Esta se sobresaltó y le aconsejó :

— Por Dios, sea prudente con mi padre... Es muy capaz de echarlo a usted de aquí.

Will repuso con flemma :

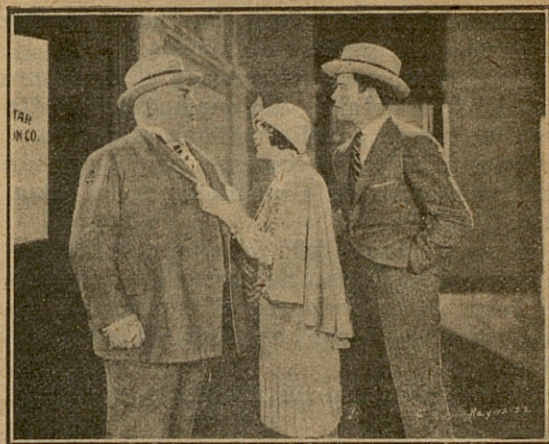
— Eso es precisamente lo que quiero.. que me eche... hasta el corredor.

Y pocos minutos después de haber hablado con el armador Ricks, Will decía a su padre :

— Al principio se puso muy triste .. pero luego se enfureció contra mí porque rehusé trabajar con él.

IV

Los aires de la primavera avivan el fuego del amor... y parecía que hasta los remol-



— ¡Hinchfield! — gritó. — Con uno habia de sobra en este edificio

cadores del puerto galanteaban a las remolcadoras.

Al menos esto podía deducirse de la siguiente noticia que algún tiempo después apareció en los periódicos de la mañana.

CHOQUE DE DOS REMOLCADORES

« Un remolcador de la Compañía de Navegación «Bandeira Azul» y otro de la Compañía de Navegación «Estrella Azul» chocaron esta mañana en aguas del puerto.

Ambos sufrieron daños, pero no hubo que lamentar desgracias personales.»

Para comprobar y conocer el accidente en todos sus detalles, dos enamorados, Betty y Will, fueron aquella mañana al puerto.

La investigación comenzó por el capitán del remolcador de Hinchfield, de la «Bandera Azul».

Y según aquel *lobo marino*, que aun bebido y todo más parecía un cordero de prado, el culpable de todo era el capitán del remolcador de Ricks, es decir, la «Estrella Azul».

A la sazón llegó el interfecto y se unió al grupo.

Y dijo Will a Betty :

— Mejor será ver lo que dice el capitán de mi remolcador, que al menos no parece que esté borracho.

Para el recién llegado el culpable era el otro, y así lo transmitió Will.

— El capitán del remolcador de la Compañía «Bandera Azul» dice que usted tuvo la culpa del accidente.

— ¡No lo crea usted! — replicó el cofrade de Noé. — ¡Ese hombre es un borrachín que no sabe lo que dice!

En un abrir y cerrar de ojos los dos *lobos marinos* se lanzaron a boxear sin guantes.

— ¿Por qué no los separa usted? — le preguntó Betty, inquieta y temerosa.

Contestó Will :

— Porque no quiero dejarla a usted ni medio minuto.

Entonces los enfurecidos contrincantes cayeron al agua, y se le ocurrió a Will :

— Parece que ha habido empate, Betty. Lo mejor será que paguemos los daños por mitad.

— ¡Eso sí que no! — replicó airada la muchacha. — ¿Acaso no demostró mi capitán que el de usted estaba bajo la influencia del alcohol?

Will tuvo entonces una intuición económico-filosófica.

— Betty, usted nunca tendrá éxito en los negocios.

— Pues me parece que usted no es ninguna maravilla...

Enfadada quiso regresar sola al despacho. Will insistió en acompañarla. Protestó ella una y mil veces. Volvió él a la carga otras tantas... hasta que al fin Betty se tiró al agua y Will la siguió al líquido elemento. La mojadura les serenó un poco los espíritus, pero no cambió el modo de pensar de Betty, la cual llegó hasta la oficina porliandó que no quería volver a verle en su vida.

Y, en efecto, horas después, seco ya el traje de Will, rehusó recibirle, a pesar del chiste que el joven puso en su tarjeta de visita :

«Espero se habrá usted secado, sin encoger».

Y del hermoso ramo de flores que la acompañaba.

V

— Tengo que ir a San Diego, donde estaré tres o cuatro días. Pasilla se encargará de impedir que hagas alguna barbaridad durante mi ausencia.

Así dijo aquél día Tomás Hinchfield ya a punto de tomar el tren. Y aquellas palabras inesperadas sonaron a música celestial en los oídos de Will, que tenía pensadas fundamentales reformas en las oficinas.

Tan pronto como regresaron de la estación Pasilla y él de despedir a su padre, se encerró Will con el administrador en el despacho privado y le dijo :

— ¡Magnífico! Durante los cuatro días que dure su viaje, tendré tiempo para hacer los cambios que proyecto.

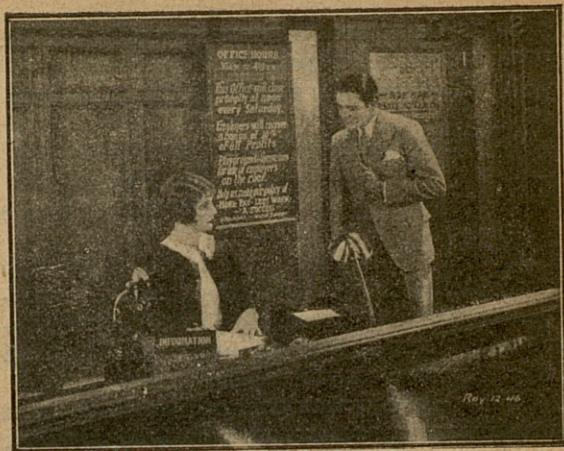
— Pero... — opuso Pasilla — y si su padre...

— No se preocupe. Yo salvaré su responsabilidad... Ahora oígame bien.

Pasilla, algo tranquilizado por las seguridades de Will, se puso a su disposición.

Will tomó de nuevo la palabra :

— Aquí hace falta sangre joven. Me propongo pensionar a los veteranos que están aquí y decirles que se vayan con sus tela-



*Eso es precisamente lo que quiero... que me eche...
hasta el corredor*

rañas a otra parte... ¡Es preciso rejuvenecer la empresa!

Con gesto triunfante acabó sacando del bolsillo un papel que decía :

HORAS DE OFICINA
10 mañana a 4 y media tarde

«Esta oficina se cerrará puntualmente a mediodía todos los sábados.

Los empleados percibirán el 10 por 100 de todas las utilidades.

Salas de recreo y gimnasio en la azotea, para uso de los empleados.

Ayúdenos a hacer un éxito de nuestro lema.

MÁS PAGA Y MENOS TRABAJO

W. Hinchfield
Gerente General »

Pasilla se quedó petrificado. Aquello excedía con mucho a su imaginación de empleado probo y rutinario. Pero estaba dispuesto a seguir la corriente a Will y nada dijo. Aprobó con la cabeza.

Will desplegó una energía inusitada para implantar las reformas. Mientras Dudley, con hermosa letra, confeccionó un gran cartel con el texto del nuevo reglamento de las oficinas, Will cambió todo el personal por otro, femenino en su mayor parte, e hizo instalar los últimos modelos en máquinas de escribir y calcular.

— ¡Qué impresión van a causarle a papá estas reformas! — exclamó satisfecho cuando todo lo encontró a su gusto.

A lo que replicó Pasilla filosóficamente :

— ¡Ya lo creo! ¡Quizá tengamos que ponerle camisa de fuerza!

Will iba de un lado para otro, alegre como unas castañuelas. De vez en cuando abría la puerta y miraba al pasillo. Una de las veces le sorprendió Dudley como en acecho de alguien, y Will le confesó :

— Sería completamente feliz si Betty no estuviera indignada conmigo.

— Pues deje usted de mí cuenta la reconciliación — le replicó el negro sonriendo bonachonamente. — Yo veré la manera de que se desenfade.

VI

Cuando Tomás Hinchfield regresó de San Diego y estuvo delante de su despacho, creyó que veía visiones.

Le salió a recibir una mecanógrafa bellísima, y como la más joven de sus antiguas empleadas tenía por lo menos cincuenta años, se excusó cortésmente :

— Usted dispense : debo haberme equivocado de piso.

Volvió sobre sus pasos y descendió. Tampoco era allí. Ascendió un piso más, y nada. No encontraba su despacho. Al fin llamó de nuevo donde la fuerza de la costumbre le guió la primera vez, entró, y con inexplicable asombro, al leer el nuevo reglamento, comprendió que aquello sólo podía ser obra de su hijo.

Avisado de la presencia de su padre, Will salió gozoso a recibirle.

— ¿Qué te parece, papá? Viendo estos cambios debes sentirte lo menos cuarenta años más joven.

Pasilla se había ido acercando, temeroso, a padre e hijo. Un momento creyó que Tomás Hinchfield aceptaría las reformas. Pero la realidad era que tomaba aliento para gritar a pleno pulmón :

— ¡Fuera de aquí! ¡Quedan despedidos los dos!

Se encerró en su despacho. Pero al poco rato tuvo que salir porque le llamaban al teléfono desde Seattle.

Cuando salió de la cabina del teléfono, dijo :

— Tengo que estar en el muelle cuando el vapor *El Capitán* llegue a Seattle... Pero apenas regrese les pondré a ustedes de patitas en la calle.

Y dirigiéndose a su hijo :

— Tú me respondes de que *El Capitán* llegue a Seattle el mismo día que yo.

Se marchó como una furia.

Al quedarse solo con Pasilla, Will dijo :

— Ahora, para demostrar que mi teoría de renovación es excelente, es preciso hacer un buen negocio.

VII

Mientras tanto, en las oficinas del capitán Ricks se había presentado el señor Jackson de la firma Wernon M. Jackson, Agente de Compras de la Compañía Frutera San Jacinto.



Pero Betty, informada rápidamente del caso, le acompañó

Y el señor Jackson dijo al capitán Ricks :

— ¿Qué pasó con el cargamento de azúcar que me prometió usted entregar aquí el jueves a mediodía?

— Lo siento — replicó contristado el armador — pero no será fácil entregarlo. El cargamento está todavía en los muelles de ensenada.

— Usted se comprometió a entregarlo el jueves y si no cumple su promesa queda deshecho el trato — replicó el visitante malhumorado.

— Pero si no dispongo de un solo barco...

Betty intervino, diciendo a su padre :

— Si no estuvieras furioso contra el señor Hinchefield le podrías pedir ahora prestado un buque...

Ricks desechó la idea, pero Jackson, como verdadero interesado se asió a ella como a cable salvador, y se presentó acto seguido en la oficina de enfrente.

Cuando Will leyó la tarjeta de visita que le tendía su elegante secretaria, preguntó a Pasilla :

— ¿Vale la pena recibir a este tipo?

— ¡Ya lo creo! — contestó el administrador. — Hace años que es el mejor cliente de Ricks.

Inmediatamente lo mandó pasar y el recién llegado dijo sin más preámbulo :

— ¿Podría usted recoger un cargamento de azúcar que está en ensenada y entregarlo aquí el jueves a mediodía?

— Ese es un problema de navegación sencillísimo — contestó Will. — ¡Cuenta usted con el azúcar!

— No me atrevo — replicó el otro — a poner en usted mi absoluta confianza a menos que me dé una garantía de cincuenta mil dólares bajo su firma.

Will no vaciló. Le hizo el documento y afirmó al dárselo :

— Si el azúcar no está en puerto el jueves a mediodía, le pagaré cincuenta mil dólares.

Correspondió Jackson a la seguridad que se le daba :

— Si hace esa entrega, le confiaré todos mis negocios.

VIII

Apenas salió el señor Jackson, Pasilla casi se desplomó en el suelo exclamando :

— ¡Ahora sí que estamos irremisiblemente arruinados!

— Explíquese — inquirió Will asustado, sentándole a viva fuerza en una silla.

— Muy sencillo. El único barco que está cerca de ensenada es *El Capitán*, que debe llegar a Seattle el mismo día que su papá.

— Pues ojalá que a papá le guste Seattle — replicó el joven — porque ahora mismo radiotelegrafiaré a *El Capitán* para que se dirija a ensenada a recoger el azúcar.

* * *

El jueves, es decir, tres días y quizá cincuenta mil dólares más tarde.

Jackson se presentó muy temprano a ver a Will, y le espetó :

— Mis camiones están en el muelle esperando el azúcar. ¿Dónde está su barco?

— No se apure usted, señor Jackson — le tranquilizó el joven. — ¡Todo marcha viento en popa!

En realidad, Will no sabía nada. Pero pronto un radiograma le sacó de dudas :

« Compañía de Navegación « Bandera Azul »
San Francisco, California
Máquinas no funcionan. Estamos entrada
puerto. Envíen remolcador.

CAPITÁN MORRIS.
A bordo de *El Capitán*. »

Jackson no quedó conforme con las palabras tranquilizadoras de Will, quien por otra parte no le mostró el radio y le amenazó :

— Esta es la primera y última vez que le confío el transporte de uno de mis cargamentos.

— Le vuelvo a repetir que no se preocupe — insistió Will. — Haré que ese barco llegue al muelle a mediodía, aunque tenga que echarme al agua y remolcarlo yo mismo nadando.

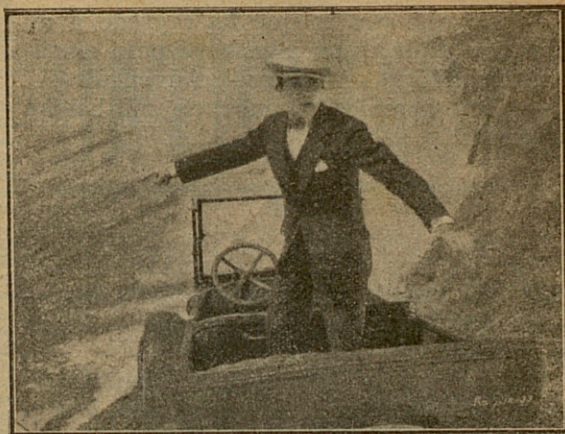
Y Will salió disparado del despacho. Abajo encontró a Betty y la dijo :

— Me llevo, prestado, el auto de usted y ojalá que los frenos sigan descompuestos.

Pero Betty, informada rápidamente del caso, le acompañó y llegaron como un rayo al puerto seguidos de gran número de policías de los encargados de reprimir el exceso de velocidades.

Mas nada arredró a nuestros intrépidos héroes.

Una vez en el puerto, se lanzaron a un remolcador Ricks — venciendo por la fuerza la oposición de sus tripulantes que no sabían



Will había salvado a las dos Compañías...

de lo que se trataba — y ya estaban en la boca del puerto casi junto al gran barco mercante *El Capitán*, cuando el padre de Will — que acababa de regresar y Pasilla le puso al corriente de todo — y el padre de Betty — al que informó el propio Jackson de lo que sucedía — se encontraron en la oficina de carga del muelle.

Tanta rabia se tenían, que volvieron a las andadas.

— ¡Betty va con tu hijo en aquel remolcador!

— ¡Apostaría cualquier cosa a que tú le metiste esta idea a mi hijo en la cabeza!

— ¡Lo que veo es que ha raptado a mi hija! ¡Sin duda es un plan tuyo para emparentar conmigo a la fuerza! ¡Advenedizo!

— ¡Les daremos alcance en mi lancha automóvil!

VIII

Por fin, tras muchas peripecias, *El Capitán* fué remolcado, y al mediodía empezaron a descargarse en el muelle los sacos de azúcar.

Will había salvado a las dos Compañías : a la « Bandera Azul » y a la « Estrella Azul », y los cincuenta mil dólares que se había comprometido a entregar, y como premio inapreciable tuvo la asociación de su padre con el padre de Betty y que Betty le diese el anhelado « sí » ante un risueño pastor, en una lujosa iglesia y estando rodeado de un lucido séquito de invitados.

El amor venció al rencor y a las competencias, y Will y Betty vivieron siempre felices.

FIN

BATURRADAS

Hermosa colección de
cuentos, chistes, ocurrencias, cantos, etc., etc.

— POR —

Juan del Ebro

SE HAN PUBLICADO LOS TOMOS SIGUIENTES

1. CHISTES BATURROS
2. CARTICAS BATURRAS
3. UN BATURRO ENAMORADO
4. LAS BODAS DEL MAÑO
5. OCURRENCIAS BATURRAS
6. GRESCA BATURRA

Bonita cubierta en tricromía

Precio : 15 céntimos

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.